

SORIA: INTERPRETACION DE SUS ORIGENES Y EVOLUCION URBANA ⁽¹⁾

Por LEOPOLDO TORRES BALBAS

PROFESOR DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA

*A la memoria de Blas Taracena,
gran soriano y entrañable amigo.*

LA FORMA DE LA CIUDAD. FUNCION DEL RELIEVE DE SU SOLAR Y EMPLAZAMIENTO

LAS características principales del conjunto urbano de Soria, es decir, su emplazamiento en una cañada y su condición de ciudad de camino, a la vez que cabeza de puente sobre el Duero, moldearon, dieron forma desde sus comienzos históricos a la ciudad.

Vía principal de Soria fué, y sigue siendo, la amplia y larga cañada comprendida entre los cerros fronteros del castillo y los dos inmediatos, a sur, y el coronado por la ermita del Mirón, a norte. Ciudades de cañada o barranco son también, entre otras, Calatayud, Daroca y fué, probablemente, el Madrid primitivo, de fundación islámica ⁽²⁾. En todas ellas el cauce natural más o menos hondo, excavado por las aguas a través de docenas de siglos, aprovechóse para vía urbana. Cuando es muy extensa la cuenca cuyas aguas de lluvia recoge dicha vaguada, como ocurre en las dos villas aragonesas citadas, hay ocasiones —lluvias persistentes o fuertes tormentas— en

(1) Las páginas siguientes, redactadas a base de la observación del solar en el que se asienta la ciudad y de su aspecto urbano, con muy pocos más documentos medievales a la vista, que la parva cosecha del «Fuero de Soria» y los publicados por Loperráez, son un tejido de deducciones hipotéticas. El autor desearía ver discutidas, e incluso fundadamente contradichas, sus problemáticas afirmaciones.

(2) Debo esta observación sobre Madrid a don Jaime Oliver Asín.

que la rua modelada por la naturaleza recobra temporalmente su primitiva condición de arroyo.

Las ciudades de cañada no nacieron en posición a veces tan incómoda y peligrosa. Su célula originaria fué siempre una fortaleza construida en lo alto de uno de los cerros que flanquean y dominan el barranco. Diferentes factores, geográficos unos, políticos e históricos otros, contribuyeron al acrecentamiento progresivo del núcleo de población formado al amparo del castillo, dentro de sus muros o anteriormente, junto a ellos. Las viviendas se fueron extendiendo por la ladera abajo hasta llegar a la cañada. Camino natural ésta, al continuar el incremento urbano, el caserío agrupóse a sus bordes; el relieve del suelo proporcionó la «calle mayor» trazada. En fase posterior, las casas levantáronse en sus inmediaciones, formando vías transversales, sin plan preconcebido, de áspera pendiente casi siempre, por seguir la máxima de las colinas que flanquean el barranco. A veces, para evitar el gran desnivel, se torcieron, con trazado serpeante, poco después de su arranque de la arteria principal.

Extendido el caserío por la barrancada y por las partes inmediatas de las laderas de los cerros quedaba mal protegido por la fortaleza originaria. Impúsose cercar el acrecentado núcleo urbano, en tal forma que la muralla, arrancando del castillo, dejase intramuros las cimas de las colinas que dominan la vaguada, prosiguiendo por su cuerda para abarcar toda la divisoria de las aguas que a ella vierten. De no hacerlo así, hubieran quedado fuera de muros lugares dominantes respecto al caserío, fáciles de ocupar por cualquier enemigo y desde los cuales, se podía batir con éxito aquélla. Así se explica la gran extensión que encierran los recintos murados de Soria, Daroca y Calatayud, difíciles de defender con eficacia por el proporcionalmente escaso número de vecinos moradores de su interior. También justifica la gran extensión intramuros, de la que una pequeña parte tan sólo ocuparían las viviendas en las épocas de mayor prosperidad de las citadas villas, la conveniencia de acoger dentro del recinto, en momentos de alarma o peligro, el ganado

de los contornos, elemento principal de la economía comarcana ⁽³⁾.

Cañadas semejantes a la que se convirtió en arteria central de Soria abundan en la región; el relieve físico no justifica por sí solo el emplazamiento y desarrollo de la ciudad. Pero esa vaguada, vía urbana desde hace siglos, desagua directamente en el Duero, uno de los grandes ríos peninsulares y su condición de camino natural se prolonga por un vado, formado por la acumulación de las tierras y arenas que, arrastradas por las aguas de lluvia en labor continua de denudación de sus laderas, fueron rellenando desniveles y hondones del cauce. En época ignorada, facilitóse el tránsito del vado con la construcción de un puente. Cítase éste en un privilegio del rey don Sancho III, fechado en Soria en 1.157, confirmando una donación de bienes en esa ciudad hecha por su padre el Emperador al obispo de Osma don Juan. Figuran entre ellos la presa del Duero, bajo el puente mayor de Soria (*subtus majorem pontem*), aceñas, molinos y varias rentas ⁽⁴⁾.

A Soria, ciudad fuerte, en la orilla derecha del Duero, con castillo y cerca torreada, atravesada por un camino y dominando un vado que facilitaba el tránsito del río, la llamaríamos hoy cabeza de

(3) Prueba que lo fué en la Edad Media el «Fuero de Soria», redactado entre 1.190 y 1.214, en el reinado de Alfonso VIII, del que se conservan dos versiones romanceadas manuscritas del siglo XIV, con lenguaje del XIII (Galo Sánchez, *Fueros castellanos de Soria y Alcalá de Henares*. Madrid, 1.919, págs. 237, 238 y 244). Sus cuatro primeros títulos traían de la guarda de los montes y de las dehesas; otros de los prados, de los montaneros, de los cazadores y guardas de ganados, de los que cortan madera —pino, roble, tejo y acebo— y hacen carbón y de los pastos comunales. La importancia de la riqueza ganadera en Soria aparece también patente en el «Fuero Real», concedido por Alfonso X en 1.256; figuran en él concesiones hechas a los caballeros de Soria en relación con sus ganados (*Descripción histórica del obispado de Osma*, por don Juan Lopérraez Corvalán, III, Col. diplomática. Madrid, 1.788, págs. 182-185, doc. n.º LXI).

Cómo actividades comerciales se incluyen tan sólo en el Fuero de hacia 1.200 las primarias de la venta de vino, sal, pan, aceite, cera y pimienta. Mujeres tenían tiendas de los últimos tres productos. Faltan por completo las actividades industriales. En cambio, en el «Fuero de Alcalá de Henares», que acompaña al de Soria en la publicación de Galo Sánchez, romanceado en tiempos del arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada (1.209-1.247), pocos años, por tanto, posterior al soriano. Figuran disposiciones referentes a zapateros, abarqueros, tejedores de sayales, sirgas, tocás, sohelechos y plumazos de lana, alfamares y tapetes, (págs. 242-243 y 308-309).

(4) *Descripción histórica*, por Lopérraez, tomo tercero, Col. diplomática, págs. 32-38. En la transcripción del privilegio figura la «Era MCLXXXII»; debe de corregirse: «Era MCLXXXV». Es muy repetido el error de los copistas de documentos de esos años al confundir V por II (José M.ª Lacarra, *La fecha de la conquista de Tudela*, en *Príncipe de Viana*, a. VII, 1.946, p. 47). Hay confirmación del citado privilegio por Alfonso VIII en el año 1.174.

puente, es decir, fortificación destinada a dominar y proteger el paso de un río,

*...barbacana
hacia Aragón, en castellana tierra,*

dijo Antonio Machado.

La ruta, en la que Soria era etapa principal al cruzar el Duero, comunicaba las tierras de la Vieja Castilla, situadas al norte de su curso medio, principalmente la región burgalesa, de tan intensas actividades políticas y económicas en la Edad Media, y su capital, cabeza de Castilla, con Navarra, las comarcas aragonesas del valle medio del Ebro y las levantinas mediterráneas, alcanzando los soleados vergeles de éstas últimas por el camino natural que forman los valles del Jiloca y del Palancia.

El carácter de ciudad itineraria, de ruta, quedó bien marcado en Soria —todavía perdura— al disponerse su caserío, probablemente a fines del siglo XII, en el reinado de Alfonso VIII, a ambos lados de la cañada, extendiéndose intramuros en una longitud de unos 1.100 metros, desde el Duero hasta lo alto de la meseta cortada por su profundo cauce. El relieve del suelo marcó el camino; la industria humana, ciñéndose a él, convirtiéndolo en calle. Poco a poco los primitivos barrios o aldeas situados, como más adelante se dirá, en las partes elevadas de las laderas que dominan la cañada, dentro de la cerca, fueron despoblándose, para no quedar apenas más solares edificadas que los de la larga calle central y sus inmediaciones.

Agrupaciones las ciudades de seres humanos, organismos vivos también en algunos de sus aspectos, se mueven como ellos, aunque con lentitud que parece inmovilidad al compararla con el breve ciclo de nuestra vida. A la concentración de las viviendas en torno de la calle mayor y más larga, siguió el desplazamiento del caserío desde la parte baja, junto al río, hacia la meseta —«el collado»—, desplazamiento iniciado al parecer a fines del siglo XV o en el XVI, cuando la unión de Castilla y el reino aragonés privó a Soria de su anterior

condición fronteriza y de su importancia militar, al mismo tiempo que la expulsión de los judíos (1.492) la dejaba huérfana del núcleo de gentes que debieron intervenir de manera capital en sus actividades industriales y mercantiles ⁽⁵⁾.

Ese movimiento urbano hacia lo alto, acentuado en tiempos modernos al emplazar en la meseta la estación del ferrocarril, y aun más en los días presentes, es inverso —la observación no es nueva— al de la mayoría de las ciudades antiguas, cuyos barrios altos se han ido despoblando, al mismo tiempo que nacían populosos arrabales en la vega o llanura situada al pie del cerro de su primitivo asiento.

RAZON DEL CRECIMIENTO DE LA VILLA. SUS POBLADORES

Ni la posición castrense, independiente de otros factores, ni el relieve del suelo, justifican el acrecentamiento de un núcleo urbano, hasta adquirir relativa importancia, en suelo poco feraz, de lo «más áspero, frío y árido de la Península» —palabras del *Diccionario* de don Pascual Madoz—, incapaz de alimentar holgadamente a sus pobladores. Al desarrollo de la ciudad de tránsito, tan huérfana de óptimas condiciones naturales, contribuyó un factor histórico, cual fué su aludida situación fronteriza. A ella se debió la acumulación de milicias dentro de su recinto, el ser lugar de estancia frecuente de monarcas y grandes señores y, sobre todo, etapa principal en la ruta de un activo comercio entre los reinos aragonés y castellano.

El solo dato de la importancia de su aljama hebrea, bastaría para probarlo. El elemento israelita parece haber sido preponderante en las actividades industriales y mercantiles de la Soria medieval;

(5) Respecto a la provincia, acusa Larruga la decadencia en esa época: «Se hallan en esta provincia muchos despoblados, y los más de ellos, fueron experimentando este daño desde el año de 1.500» (*Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*, por D. Eugenio Larruga, XX, Madrid, 1.792, p. 212).

su judería rebasó el recinto murado en torno del castillo, a cuyo amparo, como en otras ciudades, estaba para extenderse por la población. La calle de Comedias, situada en su centro, llamóse antes de la Judería.

Judíos se mencionan repetidamente en el Fuero, a fines del siglo XII ⁽⁶⁾. Según la partición de Huete, tributaba la judería de Soria en 1.291, 39.895 maravedís, cantidad mayor que la asignada a las de Navarra, Logroño y Palencia ⁽⁷⁾.

Rabal cita un documento de 1.397 por el que Enrique III autoriza para llevar y pasar cada semana 20 cargas de vino de los reinos de Aragón y Navarra, y mantenerlos para su provisión a la aljama de los judíos del castillo de Soria, por cuanto éstos moraban y estaban continuamente en él, lo velaban y rondaban siempre al servicio del monarca. Confirmó el privilegio Enrique IV en 1.455 y cuatro años después, por un albalá del mismo monarca quedaban los hebreos de Soria francos y exentos, en unión de los demás vecinos y moros, de los pedidos y monedas por tres años, aunque el monarca los mandará repartir en su reino. Finalmente, también Enrique IV concedía en 1.365 varias exenciones de tributos y servicios a los judíos y judías que vivían y en adelante viviesen en la ciudad de Soria y su fortaleza, arrabales y burguillos ⁽⁸⁾.

Según el Repartimiento hecho a los judíos en 1.474, en la ciudad de Segovia, por Rabí Yaqub Aben-Núñez, juez mayor de ellos y físico de Enrique IV, la aljama de los judíos de Soria, no incluidos los que moraban en Calatañazor y Burgo de Osma, pagaría 5.000 maravedís, cantidad mayor que la repartida a las aljamas de Burgos (700); de Calahorra (3.000); de Vitoria (3.000); de Palencia (2.000); de Sigüenza (2.100); de Salamanca, con los judíos de Monleón (4.800); de

(6) Sánchez, *Fueros castellanos de Soria y Alcalá de Henares*, págs. 41, 50, 102, 109, 119, 137, 138, 160, 213, § 108, 109, 129, 282, 302, 329, 362, 414 y 543.

(7) *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal*, por D. José Amador de los Ríos, II, Madrid, 1.876, págs. 531-552. El doc. original está en el arch. de la Catedral de Toledo.

(8) Archivo de Simancas, Negoc. de mercedes, privilegios, ventas y confirmaciones, leg. 36, par.º según cita de Nicolás Rabal en *Soria* (España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia) Barcelona, 1.889, p. 183, ns. (1) y (2).

León (2.600); de Toledo, con los judíos de Torrijos, Galves y los que fueran a Lillo (3.500) ⁽⁹⁾, lo que demuestra la importancia y prosperidad de la aljama soriana, cuando otras muchas declinaban rápidamente desde fines del siglo XIV.

En el relato de una visita hecha al castillo de Soria en 1.585 por el corregidor de la misma ciudad, don Pedro Ribera de Vargas, descríbese al entrar por la fortaleza una vasta plaza, en la que era público y notorio que hubo trescientas casas de judíos, de las cuales algunos de los testigos se acordaban: unos de 20, otros de 40 casas enhiestas ⁽¹⁰⁾.

En Soria, como en otros lugares, la mayor parte de la población israelita viviría del tráfico; también consta la existencia de tejedores de esa raza. Un mapa de la España medieval en el que se señalase la importancia de las aljamas hebreas, sería utilísimo punto de partida para el estudio de la actividad comercial contemporánea.

También integraban moros la población medieval de Soria. El citado Fuero alude a ellos, a la par que a los judíos, a moros vendidos y hallados, al «que matare moro ageno», es decir, a siervos musulmanes. Respecto a los libres, su testimonio, lo mismo que el de los judíos, no tenía fuerza en ningún pleito, ni podían ser cabezales en las mandas, ni clérigos ni legos podían dejarlos herederos. Y si alguna cristiana fornicaba con judío o moro, en caso de probarse, ambos eran quemados. Estas disposiciones irían olvidándose, como en otras villas, al correr del tiempo, hasta llegar a una íntima convivencia entre las gentes de las tres religiones. La comunicación fácil y continua de Soria con Calatayud y Tudela, grandes focos de mudéjarismo, daría vitalidad a la aljama islámica soriana, de la que formarían parte seguramente crecido número de albañiles y carpinteros, así como tejedores.

Falta hablar de los pobladores indígenas de la ciudad; moros y

(9) Amador de los Ríos, *Historia... de los judíos de España y Portugal*, III. Madrid, 1876, p. 594. Cinco mil maravedís, como a la de Soria, se repartían a las aljamas de Frómista; Medina del Campo con los judíos de Bobadilla y Fuentesol; Mayorga; Alcalá de Henares y Plasencia. El documento se conserva manuscrito en el arch. Hist. Nac.

(10) *Castillos y fortalezas del reino*, por Julián Paz y Espejo *Rev. de Arch., Bib. y Museos*, año XVI, t. XXVII, 1.912, págs. 459-460.

judíos habitantes de Soria procedían originariamente de otras comarcas. El áspero clima y la tierra pobre crearon gentes austeras, de escasas necesidades, sufridas en el trabajo y las guerras. Hay noticia de la asistencia de un crecido grupo de caballeros sorianos a las campañas andaluzas de Fernando III. En 1.227 varios de linajes conocidos —Barnuevo, Torres, San Llorente, Santa Cruz, Calatañazor, etc.—, estuvieron con ese monarca, junto con otros de Aranda de Duero, Gormaz y Fuente Armegil, en el asedio y conquista de Libe-da⁽¹¹⁾. El obispo de Jaén, don Juan de Morales (1.335-1.357), perteneciente a la nobleza soriana, atrajo a la guerra de la frontera andaluza, según refiere Argote de Molina, muchos caballeros de Soria. Favoreció ésta emigración el castigo impuesto en 1.329 por Alfonso XI a varios caballeros y gentes de esa ciudad a causa del asesinato por su concejo el año antes, en el convento de San Francisco, del merino mayor Garcilaso de la Vega, ido a reclutar gentes contra el infante don Juan Manuel⁽¹²⁾.

Soria, como algunas otras comarcas castellanas de condiciones naturales parecidas, debió de nutrir copiosamente de material humano los ejércitos de la Reconquista. Es verosímil que el botín conseguido en las campañas en las fecundas tierras andaluzas alimentase gran parte de la modesta economía de la ciudad. Lo mismo que en la época moderna los recursos que han permitido vivir a la gente de la tierra soriana sobre un suelo que escasamente produce lo necesario para alimentarlos, procedían de actividades comerciales o industriales de sus nativos en comarcas más ricas⁽¹³⁾, en la Edad Media los

(11) Martín de Ximena Iurado, *Catálogo de los obispos de las iglesias catedrales de la diócesis de Jaén y anuales eclesiásticos de este obispado*. Madrid, 1.654, cap. 37, año 1.227.

(12) *Chronicon dni Joannis Emmanuelis*, en *Esp. Sag.*, II, p. 210; *Nobleza del Andalucía*, por Gonzalo Argote de Molina. Sevilla, 1.588, cap. XCIII, fols. 118-120. Argote publica los escudos de los doce antiguos linajes sorianos.

(13) A fines del siglo XVIII, según Larruga, los habitantes de tierra de Calatañazor bajaban «los Invernios a la Andalucía a coger oliva, y a esquilar la Primavera a tierra de Segovia»; los sorianos «sin medios ni arbitrios para mantenerse», se veían obligados a abandonar sus casas «en los Invernios y ausentarse a las Provincias de Andalucía para poderse facilitar su sustento» (Larruga, *Memorias políticas y económicas*, XXI, Madrid, 1.792, págs. 130 y 195). La arriería fué hasta hace unos años una de las actividades que proporcionaban a las gentes de tierra de Soria recursos foráneos para poder vivir en ella, suplementando los escasos de una pobre agricultura y de productos ganaderos sin industrializar.

bienes conquistados con la espada, la lanza y la ballesta en campos de batalla lejanos, contribuirían en buena parte al sustento de los pobladores del solar soriano. Muchos de estos, como en tiempos recientes, retornarían a su lugar de origen una vez logrado algún bienestar económico, que las tierras pobres, de ingrato suelo, no son las que despiertan menos atracción y amor en sus nativos.

Formóse así a orillas del Duero una nobleza terrícola, de muy limitados recursos económicos, de gentes sin grandes desigualdades de fortuna, de espíritu abierto, merced a la emigración que les ponía en contacto con gentes de otras comarcas, celosa de sus privilegios y libertades. Poseedores de escasas y pobres tierras de siembra, apenas tenían labradores o colonos, sedentarios con condición social de servidumbre más o menos explícita. Abundaban, sí, en cambio, los pastores, a los que la vida al aire libre, independiente y nómada, daba cierto señorío natural; han sido siempre, bajo todos los climas, guerreros en potencia de los que salieron los grandes pueblos conquistadores.

La modesta aristocracia local, viviendo en gran parte de los recursos logrados en otras comarcas, convertidos con frecuencia en ganado —ya se dijo la capital importancia de éste en la economía soriana— y los israelitas, afanosamente dedicados a la industria y al comercio, dispuestos siempre a proporcionar recursos a los primeros mediante crecido interés, se entendían bien, viviendo en perfecta armonía, como en toda la España medieval. Próximas estaban las moradas de unos y otros en la parte más elevada de la ciudad; eran ambos sorianos «someros», en contraste con los «hondoneros», cuyos representantes últimos en esa clasificación de vecinos por la orografía urbana, serían los hortelanos, con sus viviendas junto a la puerta del Puente, cerca de las escasas huertas de la parva vega situada en las márgenes del Duero⁽¹⁴⁾.

(14) Las viviendas de los linajes nobles de Soria estaban repartidas entre la parte alta de la ciudad y la central, alrededor de la Colegiata, «sin que por esto fuesen distintos», teniendo «un mismo apellido y armas». (Loperráez, *Descripción histórica*, II págs. 99-100). Extiendo el calificativo de «hondoneros» a los habitantes de la parte inferior de la ciudad, que lo eran aún más que esos nobles habitantes de la media.

La nobleza, en efecto, agrupóse de preferencia junto al muro que cerraba el recinto a occidente, para vigilar y defender la parte más favorable al asalto, por más llana, y en la calle de Caballeros que conducía desde una de las puertas abiertas en ese tramo de la cerca —la de Rabanera— hasta la del castillo, cuyo gran recinto exterior ocupaba, según se dijo, el barrio hebreo. Tal vez, como pasó en Ternel a principios del siglo XIV, hasta algún templo se levantaría con dinero pedido por los clérigos a la aljama judaica.

En Soria no repercutieron, al parecer, los movimientos populares que en otras muchas villas produjeron sangrientos asaltos y destrucciones de juderías a fines del siglo XIV. Faltaba en esa ciudad un núcleo plebeyo de importancia numérica, cuyos sentimientos religiosos exacerbaba el rencor popular al ver enriquecerse a su lado a gentes de otra raza y otro credo.

SORIA ISLAMICA

En lo alto del cerro en el que siglos más tarde se levantó el castillo de Soria, es de presumir que hubiera una atalaya fortificada en época romana, por su situación dominante sobre el valle ondulado del Duero, en el que se asentaba Numancia, allí donde éste queda encajonado en profundas hoces. Sin embargo, de las rápidas excavaciones realizadas hace algunos años en el solar de ese castillo no se puede deducir dato alguno firme sobre construcciones anteriores a las medievales; González Simancas afirma haber encontrado escasos restos de muros y fragmentos de cerámica análogos a los numantinos⁽¹⁵⁾.

Escasas y no muy seguras referencias se conocen acerca de la

(15) *Excavaciones de exploración en el cerro del castillo de Soria*. Memoria descriptiva por don Manuel González Simancas, Madrid, 1.927, Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Según don Manuel Gómez-Moreno aparecieron con tal ocasión fragmentos cerámicos medievales con decoración verde y parda (de manganeso), como la cerámica de Ternel, de cronología difícil de fijar.

existencia de Soria en los primeros siglos de dominación musulmana de la Península. De estar poblada, apenas si sería más que una fortaleza de no gran importancia para defensa del paso del río; tal vez formase parte, como la plaza fuerte de la cercana Deza y Ateca, en la segunda mitad del siglo X, del feudo hereditario del jefe bereber «Amril ben Timlat⁽¹⁶⁾».

Sin embargo, el historiador Ibn Idari (terminó su obra en 1.306), refiere que en el año 869 al-Hakam, hijo del emir cordobés Muhammad, emprendió una expedición contra la ciudad de Soria, en la que se había rebelado, proclamándose independiente, Sulayman ben Abdus. Las tropas del emir rodearon la ciudad, levantaron sus máquinas de guerra y abrieron brecha en las murallas. Sublevados los habitantes contra Sulayman, éste hubo de someterse y fué llevado a Córdoba por su vencedor⁽¹⁷⁾.

Esa referencia supone una plaza de cierta importancia. Al no mencionarse en las restantes crónicas conservadas, cabe la sospecha de que el copista del manuscrito árabe escribiera mal su nombre y se refiera a otro lugar, o que el autor de la versión francesa haya interpretado erradamente la grafía. Si no una ciudad de alguna importancia, la que tuvieron las no lejanas Tudela, Calatayud y Medinaceli en muchas campañas militares durante los siglos IX y X, acreditan el frecuente paso de contingentes guerreros por el solar de Soria y la existencia en él de una fortificación.

Tal vez la de Soria fué una de las 200 fortalezas, que en 1.010, en unión de Clunia, Osma, Gormaz y San Esteban, entregaron los cordobeses del ya moribundo califato al conde castellano Sancho García, nieto de Fernán González. Seis años después se cita a Garraý —*Garrahe antiqua civitate deserta*—, al pie del cerro en el que estuvo Numancia, como límite entre las tierras de Sancho García y de Sancho el Mayor de Navarra.

(16) *Historia de España*, dirigida por Ramón Menéndez Pidal, IV, *España musulmana*. trad. e introd. por Emilio García Gómez, Madrid, 1.950, p. 383.

(17) *Histoire de l'Afrique et de l'Espagne* intitulée al-Bayano'l-Mogrib, trad. y anot. por E. Fagnan, II. Argel, 1.904, p. 103 del texto árabe y 164 de la trad.

Soria, con otra fortaleza de gran importancia estratégica no identificada —Kanuriya (?)—, fué ofrecida en 1.079 por al-Kadir a Alfonso VI, a cambio de su ayuda para recobrar el trono de Toledo, cuando este hecho tuviera lugar⁽¹⁸⁾.

REPOBLACION DE SORIA. SUS PRIMEROS SEÑORES

La repoblación de Soria se debe a Alfonso I el Batallador. Dueño de Zaragoza en 1.118, el 22 de febrero de 1.119, según ha demostrado Lacarra, conquistaba Tudela y poco después seguiría la misma suerte la inmediata (22 kilómetros) Tarazona. La fecha de la repoblación de Soria la dan los *Annales Compostellani*: «*era MCLVII populavit rex aldisoriam*» y no la contradicen, como se ha supuesto, otros documentos de datás notoriamente erradas⁽¹⁹⁾. El monarca aragonés quiso establecer, sin duda, un estratégico punto de apoyo para sus campañas sucesivas, que le permitieron ocupar en los años siguientes, Calatayud (1.120), Alhama, Ariza y Daroca (1.121), Medinaceli (primeros días de 1.124) y Molina (fines 1.128) y poblar Almazán (1.128).

(18) Ibn al-Kardabús, escritor de fines del siglo XII, en su *Kitab al-Ixtifa'*, apud Dozy, *Abbad*, II, p. 17, según cita de E. Lévi-Provençal, *Islam d'Occident*, París, 1.948. p. 127.

(19) *España Sagrada*, XXIII, p. 321. Para esa cita de los *Annales* referente a Soria, he seguido la lectura de Sánchez, *Fueros Castellanos*, p. 232. —Supone éste que el Fuero primitivo de Soria debió ser otorgado por Alfonso I al repoblarla, entre 1.109 y 1.114. Pero se basa, para adelantar el año de ello, en documentos con fechas equivocadas:

a) El Fuero del Burgo nuevo de Alquézar, dado por Alfonso I en 1.115, en el que figura entre los confirmantes «Fortun López in Soria» (Muñoz, *Colección de Fueros Municipales*, I, Madrid, 1.847. p. 255). Don Ricardo del Arco dice haber visto el doc. original en el arch. munic. de Alquézar y rectifica el año, antes leído 1.114 por Muñoz y Romero, en una copia de la Bib. Nac. (*De la Edad Media en el Alto Aragón*, por Ricardo del Arco, apud «Estudios de Edad Media en la Corona de Aragón», II, p. 439). Pero el confirmante Fortun López no fué señor de Soria hasta 1.124, como se verá más adelante; al escriba debió de olvidársele una X al extender el documento.

b) El privilegio por el que Alfonso I concede el Fuero de Sobrarbe a los pobladores de Tudela, Cervera y Gallipienzo está fechado en la era 1.155 (año 1.117) y entre sus confirmantes figura el «*Senior Buegus Lupi in Soria et in Burgos*» (*Esp. Sag.*, I, apénd. V, p. 386). Se ha demostrado que su fecha está equivocada; la verdadera será, probablemente, la de 1.124 (Lacarra, *la fecha de la conquista de Tudela*, apud *Príncipe de Viana*, VII, p. 47).—Galo Sánchez, fundándose en la datación, errada, como se dijo, del Fuero del Burgo nuevo de Alquézar, se inclina a adelantar la de repoblación de Soria en 10 años, suponiendo acaecido el hecho en 1.109; la de 1.119 de los Anales Compostellanos sería error de copista (*Fueros Castellanos*, p. 232). Influyó también en esa opinión el afirmar Zurita haberse repoblado Soria en 1.110 (*Indices rerum ab Aragoniae regibus gestarum ab initio Regni ad annum MCDX*, Zaragoza, 1.578, p. 45).

En el fuero de Belchite, fechado el 13 de diciembre de 1.119, dice Alfonso I reinar *in mea populatione quod dicitur Soria* ⁽²⁰⁾.

En 1.120 designaba Alfonso I los términos de Soria en documento confirmado más tarde, en 1.143, por Alfonso VII y por el VIII en 1.175. El del rey de Aragón comienza así: *Jacio hanc cartam donationis et liberationis at totos homines qui in Soria sunt populati et in antea populaberint et fuerint ibi* ⁽²¹⁾.

Según don Rodrigo Jiménez de Rada, Soria estaba desierta cuando la repobló Alfonso I, el que, después de muerto Alfonso VI y casado con doña Urraca *regnum Castellae tamquam proprium undique dilatavit: et loca deserta restituens, ductis incolis populavit, videlicet Belliforamen (Belorado), Valeranicam (Berlanga), Soriam, Almazanam* ⁽²²⁾. La *Primera Crónica General* traduce: «enderesço (el rey aragonés) el regno de Castilla tan bien como el suyo mismo; et pobló los logares que estauan yermos: Bilforado, Soria, Almaçan et Berlanga ⁽²³⁾».

Alfonso I concedió fuero a Soria, según consta en el otorgado a Cáseda, al parecer en 1.129. *Dono et concedo* —dice el monarca— *vobis vicinos de Casseda tales foros quales habent illos populates de Daroca et de Soria et adhuc meliores*. Probablemente Soria se pobló con gentes de las tres religiones, pues el de la villa navarra dispone que *Mauri, judei, et christiani qui fuerint populates in Casseda habeant foros sicut illos de Soria et de Daroca* ⁽²⁴⁾.

Que fué de nuevo poblada Soria —*Soria que noviter fuit poblata*— consta en la donación que de ella y de varias aldeas hizo Alfonso VII en 1.127 al obispo de Sigüenza y a su iglesia. Extraña esa

(20) *La conquista de Zaragoza por Alfonso I*, por José M.^a Lacarra (*Al-Andalus*, XII, 1.947, p. 74, n. 1).

(21) Figuraba en un códice de letra del siglo XIII conservado en el arch. de la cat. de Sigüenza, (*Historia de la diócesis de Sigüenza y de sus obispos*, por Fr. Toribio Minguella y Arnedo, vol. 1.º, Madrid, 1.910, págs. 32-33.)

(22) *De rebus Hispaniae*, edic. Lorenzana, III, 1.793, págs. 85^a y 147^a.

(23) *Primera Crónica General*, publicada por Ramón Menéndez Pidal, I, Texto, Madrid, 1.906, cap. 965, p. 545.

(24) Muñoz, *Colección de Fueros*, p. 474.

donación cuando aún pertenecía la ciudad al rey aragonés; probablemente la fecha del documento estará mal copiada o mal leída y a la era había que añadir un X, con lo que su data sería 1.137. La posesión de la villa castellana fué muy disputada al prelado de Sigüenza por los de Osma y Tarazona⁽²⁵⁾.

Como primer teniente de Soria por el rey de Aragón figura Iñigo López de 1.121 a 1.124⁽²⁶⁾. Le sustituyó, según las confirmaciones de numerosos documentos, Fortún López, que aún continuaba disfrutando de ese cargo el 6 de diciembre de 1.135. En documento de 1.127 figura a la vez como señor de Burgos; en otro del año siguiente, al señorío soriano se añade el de San Esteban y en 1.132 comparte aquél con el de Milagro⁽²⁷⁾.

Después de la muerte del Batallador en setiembre de 1.134, Alfonso VII el Emperador fué a Zaragoza, en donde estaba el mes de octubre de 1.135⁽²⁸⁾. A fines de año entregó la ciudad al rey García Ramírez de Navarra⁽²⁹⁾. Un documento del 3 de julio de 1.136 está

(25) Minguella, *Historia de la diócesis de Sigüenza*, 1.º, págs. 29-31 y doc. V, págs. 351-352.

(26) Año 1.121: *Eneco Lopiz in Soria* (Esp. Sag., XLIX, p. 332); *Senior Eneco Lopiz in Soria* José M.ª Lacarra, *Docs. para el estudio de la reconq. y repob. del valle del Ebro*, Primera serie, apud *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, II, Zaragoza, 1.946 (n.º 21, p. 491). Año 1.122: *Senior Enneco López dominans Soriæ* (Loperráez, *Desc. hist.*, III, p. 11). Año 1.124, marzo, julio y dic.: *Senior Enneco López in Soria*, (Lacarra, *Docs. para el est. de la reconq. y repob. del Valle del Ebro*, Segunda serie, apud *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, III, Zaragoza, 1.947-1948, ns. 119 y 120, págs. 522-523, y Primera serie, número 41, p. 507). Año 1.125, 29 set.: *Enneco Lopiz in Soria* (Lacarra, *Docs.*, Segunda serie, n.º 127, p. 522).

(27) Fertungo, Fertugo, Fertung, Fortún, Fertunio, López, Lopiz y Lopiz le llaman los dcs. (Lacarra, *Docs.*, Primera serie; ns. 37, 38, 39, 40, 57, 64, 65 y 88, págs. 504-506, 518, 523-524, y 541; Seg. serie, ns. 132, 135, 136, 140, 141, 142, 144, 153, 154, 159, 160, 164, 167, 169, 170, 174, 179, 180, 188 y 190, págs. 534, 536, 541, 552, 561, 563, 565, 573, 579-580 y 582. Además: Año 1.124: Ferrán López (Fuero de Cabanillas, en Muñoz, *Colec. de Fueros Municipales*, p. 444). Año 1.127: *Fortunio Lodiz in Soria* (Fuero concedido a los vecinos de Tudela, en Esp. Sag., I, p. 390). Año 1.131: Fortún López (Fuero de Calatayud, en Esp. Sag., XLIX, p. 356). Años 1.132-1.134: Fortún López (Llorente, *Noticias históricas*, IV, 45 y 47). Año 1.134, agosto: *Senior Fertung Lopiz in Soria* (*Documentos reales del antiguo archivo de Roda anteriores al siglo XII*, por don Juan Francisco Yela Utrilla, apud *Memorias de la Fac. de Filosofía y Letras*, Universidad de Zaragoza, tomo I. Zaragoza, 1.923, p. 346. Hay que desechar al *Garsia Enneci qui tenebat Soriā* y figura como tal en 1.126 en la edic. de la Esp. Sag. (XXI, p. 322) de la *Chronica Adefonsi Imperatoris*, pues la reciente y cuidada edic. de Luis Sánchez Belda (Madrid, 1.950, págs. 8-9) sustituye «Ceiam» (Cea) por «Soriām». La fecha de 1.119 del doc. llamado «Privilegio de los Veinte», concedido por Alf. I a Zaragoza, debe rectificarse, pues entre los confirmantes figura *Fortungo Lopez in Soria* (Sanz y Ramón, *Derecho aragonés: El Privilegio de los Veinte*, 1.891, p. 140).

(28) Lacarra, *Docs.*, Seg. serie, n.º 188, págs. 579-580.

(29) *Ibidem*, ns. 189 y 192, págs. 580-581 y 583.

fechado cuando el Emperador devolvió Zaragoza al rey Ramiro II y su mujer Inés; en él ya figura el rey de Castilla reinando en Soria, a cuyo poder pasaría por convenio con el de Aragón⁽³⁰⁾. La Primera Crónica General dice que Ramiro II «et diol estonces ell al emperador por esto Soria en don, que fuesse del regno de Castiella, ca antes de Aragón era»⁽³¹⁾.

A fines de 1.136 ya tenía Soria por el rey castellano, en unión de Borja, Pedro Talesa⁽³²⁾.

En la confirmación del Fuero de Logroño por Alfonso VII, en 1.148, figura un *Guter Fernández in Soria*, que firma como tal señor el mismo año en la carta de donación hecha por los sorianos al obispo de Osma don Juan, de la iglesia de San Pedro para fundar la Collegial⁽³³⁾. Un documento de la misma fecha nos informa de que entonces ya había concejo —*concilium*— en Soria, con alcaldes, juez y sayón. Menciona también el concejo otro de 1.176, entre cuyos confirmantes figura *Mañes, iudex de Soria*⁽³⁴⁾.

Confiado a la guarda de los sorianos estuvo Alfonso VIII siendo niño (n. 1.155), *sub fidei custodia in parochia Sanctae Crucis* de Soria⁽³⁵⁾, a los que se lo entregó el conde Manrique de Lara y sus hermanos para evitar, que el rey de León Fernando II se apoderara del monarca, cuya tutela quería, aprovechándose de las discordias surgidas entre los de Lara y los Castro. A esta residencia del monarca en la parroquia de Santa Cruz; emplazada entre la ermita del Mirón y la Colegiata, a media ladera de la colina que limita el barranco a norte, parece deberse el que en el Fuero se la conceda un privilegio espe-

(30) *Ibidem*, ns. 196 y 197, págs. 586 y 587.

(31) *Primera Crónica General*, cap. 795, p. 478.

(32) Lacarra, *Docs.* (Seg. serie), n.º 196, p. 587.

(33) *El Románico en la provincia de Soria*, por Juan Antonio Gaya Nuño, Madrid, 1.946, p. 114; Loperriáez, *Descripción*, III, XIX, p. 24.

(34) Loperriáez, *Descripción*, III, p. 25; Minguella, *Hist. de... Sigüenza*, I, colec. diplom., LXXXIV, págs. 437-438.

(35) Jiménez de Rada, *De Rebus Hispa*:

cial, distinguiéndola de las otras treinta y cuatro⁽³⁶⁾. Loperráez la alcanzó ya extinguida, pero aún en pie; era «muy antigua, según lo manifiesta su fábrica», y en ella se veían bultos sepulcrales de alabastro de la familia de los Rebolledo⁽³⁷⁾.

El Fuero real, otorgado en 1.256 por Alfonso X, recuerda «los muchos servicios que hicieron» los de Soria «al muy noble et mucho alto et mucho onrrado rey don Alfonso, mío visavuelo». Y Sancho IV consignó en un privilegio concebido a la misma ciudad en 1.285, que el rey don Alfonso «fué criado en villa de Soria». En su iglesia de San Pedro estuvieron enterrados los infantes don Alfonso y don Sancho, hijos del vencedor de las Navas y biznietos del Emperador⁽³⁸⁾.

En el año 1.163 Fernando II se dirigió a Soria para hacerse cargo de la persona de su sobrino Alfonso VIII, después de haberle rendido vasallaje el conde don Manrique de Lara. Pero entonces un caballero llamado Pero Núñez de Fuente Armegil, probablemente de acuerdo con algunos nobles, burlando al leonés, sacó ocultamente al monarca niño, y cubierto bajo su capa lo condujo a caballo, a galope tendido, a San Esteban de Gormaz, de donde el conde don Nuño de Lara llevólo a la fuerte y enriscada Atienza poco después⁽³⁹⁾. Los que guardaban a Alfonso VIII debieron de llegar después a un acuerdo con el rey de León, pues el 12 de septiembre del mismo año firmaban en Soria ambos monarcas, tío y sobrino, una donación del castillo y villa de Uclés a favor de fray Villano, prior de la Orden del Hospital⁽⁴⁰⁾.

Hacia el año 1.192 era señor de Soria el de Vizcaya don Diego

(36) § 51, p. 22.

(37) Loperráez, *Descripción*, II, p. 98.

(38) Loperráez, *Descripción*, III, doc. LXXXIV de 1.286, págs. 222-224; Sánchez, *Fueros Castellanos* p. 238.

(39) De estos confusos hechos hace un relato detallado y dramático la *Primera Crónica General*, I, cap. 989, págs. 669-670.

(40) El doc., del que hay copias en la Bib. Nac. y en la colección Salazar, ha sido citado por Julio González, *Regesta de Fernando II*, Madrid, 1.943, p. 376. Relato de estos hechos, en las págs. 60-63.

López de Haro ⁽⁴¹⁾. Entre las tropas de éste debieron asistir los sorianos a la batalla de las Navas de Tolosa (1.212).

Después de derrotado Alfonso VIII en Alarcos, a fines del año 1.195 o en el siguiente, el rey de Navarra Sancho el Fuerte invadió Castilla y devastó Soria y Almazán, «matando et quemando et robando todo quanto fallaban»; al mismo tiempo que Alfonso IX de León hacía lo propio por tierra de Campos, con ayuda de tropas musulmanas y que los almohades atacaban Toledo ⁽⁴²⁾.

FORMACION DEL NUCLEO URBANO DE SORIA. SUS COLLACIONES

Soria se formaría, como Burgos, Pamplona, Avila, Segovia y Salamanca, en los siglos XI al XIII, por la reunión de pequeñas aldeas muy próximas, situadas al amparo de un castillo; al crecer, se rodearon con una cerca común protectora.

Probablemente en 1.119 había en el solar soriano, junto a la fortaleza, algún reducido núcleo de viviendas. Alfonso el Batallador le concedió fueros —perdidos, pero cuya existencia consta por el de Cáseda— con objeto de atraer a gentes que contribuyesen a la defensa de un lugar de gran importancia estratégica. Parte de los pobladores que acudieron procedían de pequeñas aldeas de la región, como declaran los sobrenombres de nueve de las 35 parroquias mencionadas en el fuero de Alfonso VIII: San Juan de Rabanera, San Juan de los Naharros, San Martín de Canales, San Miguel de Montenegro, San Juan de Muriel, San Miguel de Cabrejas, Santa María de Calatañazor y Santa María de El Espino ⁽⁴³⁾. El sobrenombre de

(41) Rabal, *Soria*, apénd. VII, p. 539.

(42) *Primera Crónica General*, I, cap. 1.003, p. 682; Jiménez de Rada, *De Rebus Hispaniae*, p. 171.

(43) Hoy se llaman esas villas y aldeas: Rabanera del Campo (a 3 leguas de Soria); Naharros (a igual distancia); Montenegro (a 6 leguas) o Montenegro de Cameros (a 8 leguas); Muriel de la Fuente (a 6 leguas) o Muriel Viejo (a 7 leguas); Cabrejas del Pinar (a 6 leguas) o Cabrejas del Campo (a 4 leguas); Calatañazor y El Espino (a 6 leguas ambas). Todas pertenecen hoy a la prov. de Soria. Canales de la Sierra es de la de Logroño y dista 14 leguas de la capital.

Santa María de Cinco Villas parece indicar que sus feligreses procedían de otras tantas.

Los pobladores agrupáronse en reducidos barrios, repartidos por las laderas y el fondo del barranco, en varios de ellos reunidos los procedentes de una misma aldea en torno de una humilde iglesita parroquial románica, semejante a las del Salvador y San Clemente, que recibió el sobrenombre del lugar de origen de sus feligreses. Apenas llegarían al centenar los de la mayoría de ellas. A principios del siglo XIX los sorianos aún permanecían adscritos a las parroquias por familias y no por la repartición topográfica de sus viviendas ⁽⁴⁴⁾, dato que parece comprobar la primitiva organización citada.

A esas aldeas próximas que integraban la Soria del siglo XII tal vez se refiriese Alfonso VII en el documento por el que donó la ciudad, en 1.127 o algunos años después, al obispo y a la iglesia de Sigüenza: «*parrochia esse dinóscitur et in ejus terminis aldeis*» ⁽⁴⁵⁾.

Treinta y cinco eran las collaciones sorianas hacia 1.200, según el Fuero ⁽⁴⁶⁾. Cada templo tenía en torno el cementerio de sus feligreses; la mayoría de aquéllos, edificios, como se dijo, pequeños y modestos, han desaparecido. La Plaza de San Esteban y las calles de San Pelegrín, San Martín y San Lorenzo conservan el recuerdo del emplazamiento de varios, San Pedro, San Nicolás y San Bartolomé estaban en la calle mayor.

Consta la existencia de la iglesia de San Pedro en 1.148 ⁽⁴⁷⁾; en 1.144 se cita la de San Andrés ⁽⁴⁸⁾. Según una vieja tradición, la de San Salvador, edificada extramuros, próxima a la muralla occidental, fué fundada por un nieto de Fortún López, que tuvo en feudo a Soria, y la dió por los años de 1.169 a la Orden de Calatrava ⁽⁴⁹⁾.

(44) Loperráez, *Descripción*, II, p. 123.

(45) Minguella, *Historia de la diócesis de Sigüenza*, I, Colec. diplom., V, págs. 351-352.

(46) § 51, p. 22. En 1.256 el Fuero real repite este número; Loperráez cuenta 37 (*Descripción*, II, p. 122).

(47) Loperráez, *Descripción*, III, XIX, págs. 25-27.

(48) *Ibidem*, VIII, págs. 55-56.

(49) Loperráez, *Descripción*, II, p. 132.

A fines del siglo XII y en la primera mitad del XIII se reconstruyeron algunos templos, como los de San Pedro, San Juan de Rabanera, Santo Tomé y San Nicolás, con mayor amplitud y monumentalidad.

La cerca tenía unos 4.100 metros de longitud y encerraba aproximadamente 100 hectáreas. Desde el recinto del castillo —la cumbre del cerro en que se asentaba está a 1.115 metros de altura— la muralla, seguía por su rápida ladera oriental para llegar a la orilla del Duero, salvando un desnivel de 110 metros. Bordeaba después el río, que le servía de foso, en una longitud de 820, largo paño de muralla en el que se abrían la Puerta del Puente o de Navarra y algunos postigos. Desde su extremo norte, alejándose del Duero, subía la cerca a la ermita del Mirón, cuya cumbre se eleva a 1.080 metros, siguiendo por la cuerda de un cerro hasta la Puerta de Nájera, abierta en la parte septentrional de la muralla. Torcía poco más allá para alcanzar la Puerta del Rosario (frente a Santo Tomé, hoy Santo Domingo), desde la que seguía en línea casi recta, cerrando la ciudad a poniente. En este largo lienzo mural —540 metros— se abrían dos puertas en sus extremos, la citada del Rosario y la Nueva (cerca del exconvento de Santa Clara) y las intermedias del Postigo (salida de la calle Mayor) y Rabanera. Desde la puerta Nueva, posterior a la Edad Media, situada en un cerrete de 1.081 metros de altura, la muralla torcía hacia oriente para unirse al recinto del castillo, dejando intramuros otra pequeña colina, de 1.080 metros, ocupada hoy por el cementerio.

La cerca era de cal y canto, labrada en cajones, como si fuera tapial, gran parte de ella. Derribada a principios del siglo XIX, cuando la guerra de la Independencia, tan sólo se conservan ruínas del lienzo oriental inmediato al Duero, un pequeño trozo con dos torreones rectangulares en el ángulo nordeste, parte la más antigua subsistente, y tres paños de murallas con pequeñas torres semicilíndricas, uno aprovechado en parte para la construcción de la ermita del Mirón; otro en el que se apoya la iglesia del exconvento de Santa Clara y el tercero, totalmente oculto por las casas de

la acera oriental de las casas de la calle de Puertas de Pro.

El puente, de 14 ojos, sobre el Duero, sería contemporáneo de la cerca o reconstruido por entonces. «Muy fuerte y elevada» era la torre situada en su centro. De él escribió don Francisco Mosquera en *La Numantina* (1.612):

*La puente al mismo tiempo bien labrada
De la ciudad de Soria parecía,
Donde la torre en medio levantada,
Y el alto chapitel se descubría.*

El Fuero de Alfonso VIII menciona alcázar y su castillo en Soria⁽⁵⁰⁾, pero no cerca, leve indicio de que tal vez no existiese entonces. —Debió de levantarse o reconstruirse después de ser devastada la ciudad en 1.195 o 1.196 por Sancho el Fuerte de Navarra. Estaba hecha en 1.290, año en el que Sancho IV concedía un tercio de ciertas rentas para ella⁽⁵¹⁾.

El sobrenombre de la desaparecida iglesia de Santa María del Azogue, situada a occidente y cerca de la colegiata de San Pedro, revela el lugar en que se celebraba, los jueves, el mercado semanal (zoco). La parte baja de la ciudad, en torno de ese templo, debió de ser la de mayor actividad comercial y la más poblada y concurrida en la Edad Media.

Como se dijo, el Fuero menciona, a la par que aceñas y molinos, baños a los que se subía el agua con ruedas; estarían, pues, a la orilla del Duero. El mismo documento autoriza a los particulares para construirlos. En fecha anterior —1.157— Sancho III concedió al obispo de Osma, don Juan, entre otros bienes en Soria, la décima del baño (*valneo*)⁽⁵²⁾.

Algo permite entrever de la disposición de las casas medievales sorianas el tan repetidamente citado Fuero de Alfonso VII. En él se

(50) Sánchez *Fueros Castellanos*, § § 11 y 102, págs. 19 y 39.

(51) Loperráez, *Descripción* III, doc. n.º LXXXVIII, págs. 230-231. Esa concesión no significa, como supone Loperráez, que la cerca se estuviese labrando entonces.

(52) Sánchez *Fueros Castellanos*, § § 252 y 337, págs. 91 y 122; Loperráez, *Descripción*, III doc. n.º XXV, p. 33.

pecha o multa a los que echaren «lixo (inmundicia) o agua sobre otro», «de finiestra o de almoxaba»⁽⁵³⁾. Llamábase con esta palabra un balcón volado de madera, a modo de solana, abierto, o cerrado parcial o totalmente con tablas o zarzos, como los que aún se ven en la arcaica villa soriana de Calatañazor. Larruga describe estas casas a fines del siglo XVIII, tan sólo subsistentes entonces —dice— en los pueblos de pinares, de las que «quitando dos o tres varas, que construyen de piedra y barro, lo restante de la fábrica exterior e interior es de madera»⁽⁵⁴⁾.

A la principal riqueza soriana, la ganadera, ya se aludió en nota de páginas anteriores, señalando su contraste con lo parvo de la producción agrícola de la comarca inmediata a la ciudad. Pero nada se dijo de las viñas, abundantísimas en ella, según revela el Fuero, que las menciona repetidamente, así como a sus guardas y vendimia. Desaparecieron desde hace siglos; la vid se extendía en otros tiempos por zonas en las que hoy no existe, algunas, como esta soriana, a más de 1.000 metros de altura⁽⁵⁵⁾.

En la segunda mitad del siglo XIII, Soria parece haber disfrutado de considerable desarrollo industrial, complemento de su ganadería. Un privilegio de Alfonso X, de 1.283, confirmado luego en 1.315 y 1.332 (Alfonso XI) y en 1.378 (Enrique II), se refiere a las ordenanzas de la cofradía de tejedores de Soria, de estambre, lino, estopazo, marga y sayal; había tejedores y tejedoras cristianos, moros y judíos⁽⁵⁶⁾.

Las cofradías tuvieron prematuro desarrollo en Soria; hecho curioso cuyas razones convendría investigar. En 1.219 existía una de vendedores de vino; de los recueros se la llama en su confirmación en 1.290 por Sancho IV; en 1.312 confirmaba Fernando IV la de San

(53) Sánchez, *Fueros Castellanos*, § 473, p. 181.

(54) Larruga, *Memorias*, XV, p. 219.

(55) Para este mismo hecho en Cataluña, véase Salvador Llovet, *El límite septentrional de la vid y el olivo en Cataluña* (Zaragoza, 195).

(56) Loperráez, *Descripción*, III, doc. n.º LXXXI, págs. 217-221.

Miguel, de los tenderos «de las tiendas de cera, e del aseite, e de todas las otras cosas, que a estas pertenescen...⁽⁵⁷⁾».

LA DECADENCIA

Con la unión de Castilla y Aragón y la expulsión de los judíos, unidos a otros hechos que sería interesante investigar, comenzaría, como antes se dijo, la decadencia de Soria en el siglo XVI.

En 1.525 se intentó el traslado de la iglesia mayor, pues estaba «puesta en lugar muy apartado del trato della», por lo que «la Ciudad e Clerezia», «quería pasar la dicha Iglesia a en medio de la dicha Ciudad, donde fuese el concurso de toda la gente⁽⁵⁸⁾».

Mil doscientos vecinos se calculaban a Soria en 1.577. Veinticinco años después un viajero dice que sus parroquias eran veintidos⁽⁵⁹⁾. En 1.594, los vecinos pecheros ascendían a 1.279⁽⁶⁰⁾.

Iniciábase el siglo XVII para Soria con profunda decadencia. En 1.602 sus iglesias parroquiales se habían reducido a 13; 6 eran los conventos de frailes y 4 los de monjas. De los pueblos serranos se decía en ese año ser la «tierra más mísera de estos Reynos, por lo que alcanza a aquel Obispado de la Sierra, toda ella poblada de gente pobre, y que perecerían si no los socorriese, y ya con la estrechez y necesidad de los tiempos todos los lugares se pueden reputar por pobres⁽⁶¹⁾».

Según un *Memorial* presentado por la ciudad de Soria en 1.622 a Felipe IV, solicitando el traslado a ella de la Catedral, Colegio y Universidad de Burgo de Osma, «fué en lo antiguo muy populosa», pero «con las cargas y contribuciones con que han servido a los señores Reyes», «han ido menguando, de manera que no llega a tener

(57) Loperráez, *Descripción*, III, docs. ns. XLVI, LXXXVIII y XCVII, págs. 60, 230-231 y 245-248.

(58) *Ibidem*, doc. n.º CXLVIII, págs. 329-330.

(59) *Ibidem*, p. 358; *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1.592* recopilada por Enrique Cock, Madrid, 1.879, p. 80.

(60) *Censo de población de las provincias y partidos de la corona de Castilla en el siglo XVI*, Madrid, 1.829, p. 15.

(61) Loperráez, *Descripción*, docs. ns. CLXXIX y CLXXXIII, págs. 384 y 397.

hoy mil vecinos, y los más de ellos muy necesitados, de forma que cada día se van consumiendo, y se puede temer, que no disponiendo de algún remedio, se llegue a despoblar». Muchas de sus antiguas iglesias estaban desiertas y cerradas, por lo que se proponía aprovechar su buena piedra sillería para la construcción de un templo catedral ⁽⁶²⁾.

La población de la ciudad continuaba disminuyendo. En 1.674 el Obispo de Osmá, don Antonio Isla y Mena afirmaba llegar a novecientos vecinos ⁽⁶³⁾. En 1.766 no tiene más que 600 vecinos y el buque de sus muros, nos cuenta Méndez en la vida del P. Flórez, «es muy grande con muchos sembrados dentro» ⁽⁶⁴⁾.

Extinguíanse los templos parroquiales abandonados, ruinosos, al mismo tiempo que desaparecían las viviendas agrupadas en torno de ellos, transformadas en eriales o tierras de labor; parábanse los telares, que enriquecieron en otro tiempo a la ciudad y desapareció la riqueza forestal de antaño de los contornos de ésta.

A fines del siglo XVIII, dos españoles beneméritos, del grupo de los que en el reinado de Carlos III sintieron hondamente la decadencia patria y trabajaron para atajarla, el canónigo de Cuenca, don Juan Loperráez Corvalán y don Juan Belluga, describen detalladamente, no sin dolor, la situación de pobreza a la que Soria y su provincia habían llegado.

Loperráez, cuya obra se editó en 1.788, describe Soria muy falta de vecinos «y de casas en el día, según lo manifiestan sus ruínas, y la mucha parte que se siembra dentro de ellas». «A su mediodía, donde llaman el Campo de San Francisco, hay un grande arrabal poblado de bastantes casas y con algunas Iglesias». Diez eran entonces las parroquias ⁽⁶⁵⁾.

Los contornos de Soria, escribía Belluga en sus *Memorias*, edi-

(62) *Ibidem*, docs. ns. CLXXXVI y CLXXXVII, págs. 404-410.

(63) *Ibidem*, doc. n.º CXCIX, págs. 435-437.

(64) Cita de la p. 90 de *Soria*, Guía artística de la ciudad y su provincia, por B. Taracena y J. Tudela, Soria, 1.928, (la mejor guía provincial de España que conozco).

(65) Loperráez, *Descripción*, II, págs. 85 y.122.

tadas en 1.792, «se hallan sin plantíos, sus montes consumidos, y por último está reducida esta ciudad a una docena de casas, que se mantienen con desahogo por sus mayorazgos, y algunas otras de los empleados en las rentas reales». «Así pues, no se puede extrañar que hoy tenga esta capital solamente 740 vecinos pecheros: su mayor parte pobres oficiales y jornaleros; 62 viudas, 6 abogados, 12 escribanos de número y 32 nobles».

Las márgenes del Duero, desprovistas de árboles, en lugar de causar sus corrientes «recreo y deleite por su amenidad, frescura y diversión», producían «tedio y fastidio». Pero, si no frondosos árboles, se veían a las orillas del río «las ruínas y fragmentos de los tintes y batanes», reliquias de la industria del pasado. A pesar de la crecida cosecha de lanas finas y churras de la comarca, no había en Soria fábrica alguna para su elaboración ⁽⁶⁶⁾. Cincuenta o sesenta vecinos tenían por entonces 82 telares de lienzos en sus casas, de los que tan sólo andaban todo el año 28. También había dos obradores o tenerías para el curtido de pieles y una fábrica de jabón. «La decadencia de la población de esta Provincia —termina Larruga— se puede atribuir a la ruína de la labranza, plantíos e industria. Prueba este parecer el deplorable estado en que se hallan así la ciudad y muchos pueblos. Causa sentimiento ver arruinados muchos edificios, y aún pueblos enteros: la mayor parte de sus vecinos están precisados a vivir de un jornal: no hay casi menestrales ⁽⁶⁷⁾».

A principios del siglo XIX, la guerra de la Independencia no era el remedio indicado para salir de tal decadencia. Las tropas francesas incendiaron la plaza de Herradores y el Arrabal y el general Durán mandó demoler el castillo y las murallas. La guerra destruyó en Soria más de 300 casas.

El catastro de 1.842 asigna a Soria 942 vecinos y 5.400 almas. Por entonces, antes de mediar el siglo XIX, dice el *Diccionario* de Madoz que su comercio «puede decirse que es casi nulo».

(66) Larruga, *Memorias*, XX, págs. 215-216; XXI, págs. 131, 195 y 221-222.

(67) Larruga, *Memorias*, XXII, págs. 111, 146-147 y 157.

